

## Las Virtudes y la Vida Interior

### La virtud de fe

Una vez que por los Sacramentos Dios nos ha otorgado su vida divina, nos toca a nosotros *colaborar con la gracia recibida*, por la **práctica de las virtudes cristianas**. No pudiendo considerarlas todas en estas lecciones, nos ceñiremos a las tres virtudes teologales, empezando por la *virtud de fe*.

#### 1º Naturaleza de la fe.

La fe es una *virtud sobrenatural que nos inclina a creer, a causa de la veracidad divina y de la autoridad misma de Dios, todo lo que Dios nos ha revelado y propone a nuestra creencia por el ministerio de la Iglesia*.

El elemento esencial del acto de fe consiste en la *adhesión firme* de nuestra inteligencia a la verdad revelada, por la sola autoridad de Dios que habla, y que, siendo la suma Verdad, no puede engañarse ni engañarnos. Esta adhesión a la divina revelación exige dos cosas:

*1º El concurso de nuestra buena voluntad: pues las verdades reveladas no se imponen a nosotros por su propia evidencia; y así la voluntad ha de obligar a nuestra razón a inclinarse ante la autoridad de la palabra divina, reprimiendo el orgullo o independencia de nuestra mente, que se resiste a colocarse bajo la tutela de verdades cuya evidencia le escapa, y la corrupción del corazón, que se resiste a abrazar creencias cuyas consecuencias molestan a las pasiones.*

*2º El concurso de la gracia de Dios: pues la fe sobrenatural es una virtud que Dios infunde directamente en el alma, y también es El quien concede las gracias actuales necesarias para ejercitarla: • GRACIAS PREVIAS, muy variadas según los individuos, para conducir el alma a comprobar con certeza el hecho de la revelación e inclinarla suavemente a querer creer; • GRACIAS ESENCIALES al acto de fe sobrenatural, ya sea de luz, para elevar nuestra inteligencia por encima de su naturaleza y hacerla apta para conocer a Dios como El mismo se conoce, ya sea de fortaleza, para hacernos adherir a las verdades reveladas con una certeza y firmeza que superan toda objeción y rechazan toda duda.*

#### 2º Cualidades de la fe.

Si resumiéramos las cualidades que debe tener nuestra fe, diríamos que ha de ser *firme, sencilla, esclarecida, santamente orgullosa y viva*:

• **Firme**, pues está fundada en el testimonio mismo de Dios, que merece una adhesión mucho mayor que todo testimonio humano, e incluso que el testimonio de nuestra razón, siempre sujeta a error, o de nuestros sentidos, siempre sujetos a ilusiones.

• **Sencilla**, como el niño que acepta lo que aprende de sus padres.

• **Esclarecida**, según el grado de la propia cultura e instrucción, y las propias obligaciones de estado.

• **Santamente orgullosa**, gloriándonos de tener, durante nuestra peregrinación terrena, a Dios mismo como Maestro y Guía.

• **Viva**, esto es, acompañada de obras, especialmente de las que proceden de la caridad; ya que el apóstol Santiago dice expresamente que la fe que no se traduce en actos, es una fe «muerta» (Sant. 2 14-26).

### 3º Grados de la virtud de fe.

Por lo dicho, la fe puede darse en tres grados distintos, que podríamos llamar *fe muerta*, *fe formada* y *fe perfecta* o espíritu de fe.

**1º La fe muerta**, o FE ESPECULATIVA, es la fe en lo que tiene de esencial, que es la adhesión del entendimiento a las verdades reveladas, tal como se da en los catecúmenos antes de recibir por el bautismo la gracia santificante, o en los bautizados que han pecado mortalmente antes de recuperarla por la confesión.

**2º La fe formada**, o FE PRÁCTICA, es la fe vivificada por la caridad, y que, añadiendo la adhesión del corazón y de la voluntad a la fe especulativa, se traduce en obras. La fe muerta es sólo el primer paso sobrenatural del alma hacia Dios, mediante la ayuda de gracias actuales; mientras que la fe formada une el alma con Dios mediante la caridad.

**3º El espíritu de fe**, o FE PERFECTA, consiste en vivir habitualmente bajo la mirada de Dios, en juzgarlo todo y conducirse en todo según la luz de Dios. «El justo vive de la fe» (Rom. 1 17), esto es, toma las máximas de la fe como norma y regla de los juicios y apreciaciones de su entendimiento, y como principio de los actos de su voluntad.

### 4º Excelencia de la fe.

El hombre se hace cristiano por la fe, y el cristiano se hace perfecto por la fe viva o espíritu de fe; de modo que la fe viene a ser la *condición fundamental* de toda vida sobrenatural:

#### 1º El hombre se hace cristiano por la fe.

El Concilio de Trento enseña que «la fe es el principio de la humana salvación, el fundamento y raíz de toda justificación». En efecto, antes de tender hacia Dios por la esperanza, y de unirse a El por la caridad, es necesario creer en El, que se revela a nosotros como nuestro último fin: «Sin la fe es imposible agradar a Dios. El que se llega a Dios debe creer que Dios existe, y que es remunerador de los que le buscan» (Heb. 11 6).

Sin embargo, para justificar al alma, la fe debe estar informada y vivificada por la caridad: «*Aunque tuviera toda la fe hasta el punto de trasladar montañas, si no tengo caridad, nada soy*» (I Cor. 13 2); «*en Cristo Jesús no tiene valor alguno ni la circuncisión, ni la incircuncisión, sino la fe que se muestra activa mediante la caridad*» (Gal. 5 6); «*la fe, si no tiene obras, está interiormente muerta...; pues por las obras es justificado el hombre, y no por la fe solamente*» (Sant. 2 14, 24).

## **2º El cristiano se hace perfecto por el espíritu de fe.**

Cuanto mayor sea nuestro espíritu de fe, más prevenidos estamos contra el pecado, firmes y tranquilos en las pruebas de la vida, seguros de alcanzar gracias selectas, valerosos y aun heroicos en la práctica de las virtudes.

**1º El espíritu de fe nos hace evitar el pecado y vencer la tentación.** *El hombre de fe, que en todas partes se mantiene bajo la mirada de Dios, que aprecia todas las cosas a la luz de la Sabiduría divina, y que en todo se apoya en la ayuda divina de la gracia, es todopoderoso contra sus enemigos espirituales: «Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe» (I Jn. 5 4); pues nada puede el mundo y todas sus concupiscencias contra el alma que, animada de un profundo espíritu de fe, sólo busca los bienes eternos.*

**2º El espíritu de fe nos hace soportar las pruebas de la vida, por duras que sean, con firmeza, calma e incluso alegría.** *Pues el hombre de fe no se detiene en las causas segundas, sino que siempre sabe elevar su mirada hasta la causa primera, que es Dios, sin cuya voluntad o permiso no sucede nunca nada, y que, en su bondad y sabiduría infinitas, se compromete «a hacer cooperar todas las cosas al bien de los que le aman» (Rom. 8 28).*

**3º El espíritu de fe nos hace alcanzar del Corazón de Jesús las gracias que forjan a los santos.** *Dios, antes de conceder gracias selectas, suele exigir grandes actos de fe. • En el ANTIGUO TESTAMENTO, Abraham mereció convertirse en el padre del pueblo elegido sólo por su acto de fe extraordinario. • En el NUEVO TESTAMENTO, la Santísima Virgen María se convirtió en Madre de Dios gracias a su acto de fe en el mensaje del ángel: «¡Bienaventurada tú que has creído! Porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor» (Lc. 1 45); y Jesús, a lo largo de toda su vida pública, exige la fe como condición para sus favores y milagros: «Todo cuanto pidieris en la oración, si tenéis fe, lo alcanzaréis» (Mt. 21 22); «todo es posible para el que cree» (Mc. 9 22).*

**4º El espíritu de fe nos hace practicar las virtudes con facilidad, valentía e incluso heroísmo.** *La fe no sólo es la primera de todas las virtudes, sino también la base y fundamento de cada virtud en particular. En efecto, el espíritu de fe nos ayuda a practicar: • la piedad filial hacia Dios, por la fe viva y habitual en nuestra filiación divina; • la piedad filial a María, por la fe viva y habitual en la grandeza de su maternidad divina, y en la realidad de su maternidad espiritual; • la caridad con el prójimo, por la fe viva en las palabras de Jesús: «Todo lo que hagáis al más pequeño de los míos, a Mí me lo hacéis» (Mt. 25 40); • la humildad, por la fe en nuestra nada de criaturas y nuestra abyección de pecadores; • la obediencia, por la fe habitual que nos hace ver en nuestros Superiores a los representantes de Dios, y en nuestras Reglas la expresión*

*de la voluntad divina; • la castidad, por la fe viva y habitual en nuestra condición de miembros de Cristo, de templos del Espíritu Santo, de hijos de la Virgen Inmaculada; • el celo, por la fe viva que nos hace comprender el precio de las almas; • todos nuestros deberes, en la medida en que este espíritu de fe nos hace tener como único criterio la santa voluntad de Dios, como fin su mayor gloria, y como medio el auxilio de la gracia y la ayuda materna de María.*

En resumen, cuanto más el espíritu de fe vivifique nuestras menores acciones, más meritorias se hacen para nosotros, y más eficazmente contribuyen a nuestra santificación.

### 5º Ejercicio de la fe.

Nuestros deberes respecto a la fe pueden reducirse a tres: • *depurar* nuestra fe; • *hacer crecer* en nosotros la fe; • *vivir* de la fe.

1º **Depurar nuestra fe** es asegurarle su pureza e integridad. Para ello debemos: • mantenernos alerta contra los prejuicios y máximas del mundo, prohibiéndonos toda lectura y estudio que puedan hacer tambalear nuestra fe o infundirnos el espíritu racionalista del siglo; • esclarecer y fortificar nuestra fe con estudios serios y lecturas apropiadas a nuestra vocación y a nuestras necesidades; • oponer a las tentaciones contra la fe la humildad, la oración, la abnegación de nuestro sentimiento personal, un apego filial a las directivas de la Iglesia, la apertura y la docilidad respecto de quienes tienen la gracia de estado para guiarnos.

2º **Acrecentar en nosotros la fe** es fortalecerla y desarrollarla por medio de actos: • especialmente en el ejercicio de la oración mental, por la meditación asidua del Credo y de los misterios de nuestra fe; • a lo largo del día, haciendo frecuentes actos de fe en la presencia de Dios, y en la verdad o virtud que más se relaciona con las necesidades espirituales del momento.

3º **Vivir de la fe** es, por una parte, mantenernos en guardia contra la actividad puramente natural y el amor propio; y, por otra parte: • **VER A DIOS EN TODAS PARTES**, puesto que en todas partes está presente por su inmensidad, en todas partes permanece y vive en nosotros por la gracia santificante, y en todas partes nos es fácil transportarnos, de cuerpo o de pensamiento, ante su presencia eucarística; • **VER A DIOS EN TODO**: como Dios se ofrece a nosotros bajo el velo de las cosas creadas, hemos de adquirir el hábito de descubrirlo: *en las personas que nos rodean*: a Dios hemos de obedecer en nuestros Superiores, y amar y servir en nuestro prójimo; *en las cosas que nos sirven*: en los bienes, naturales y sobrenaturales, debemos ver los dones de Dios, por los cuales entramos en comunión con el Donador; *en los acontecimientos que nos afectan*: más allá de las causas inmediatas o segundas, debemos ver siempre la causa primera, Dios, que ordena todas las cosas al bien de los que le aman y sólo le buscan a El.